

La vida cotidiana y la historia: raigambre de la “Contemplación para alcanzar amor”

Eduardo Valdés, sj

Invitamos al lector-ejercitante a que recorramos juntos la célebre meditación de San Ignacio: Contemplación para alcanzar amor. Esta meditación cierra los ejercicios espirituales y con mucho humor los directores de ejercicios suelen llamarla el comienzo de la quinta semana. Es decir, se vuelve a las tareas habituales y corrientes de la vida. Todo el hervor del ejercitante se ve confrontado a la monotonía del diario vivir donde vuelven los antiguos hábitos. Un famoso ejercitador solía citar el credo para mostrar el humor de lo que espera: “creemos en la resurrección de la carne y como la vida eterna está lejos, nos aflojamos nuevamente en todo”.⁽¹⁾

Sin embargo, esta meditación es una pequeña perla preciosa para seguir viviendo la radicalidad de la experiencia tenida en ejercicios. Quisiera tomar un texto de San Ignacio de su Autobiografía donde está la clave de los ejercicios espirituales y cómo San Ignacio comenzó y sintió la contemplación para alcanzar amor. En Ignacio podemos mirar esa belleza para la vida de seguir encontrando a Dios y a las “ánimas” en todas las cosas. Me permito transcribir todo el N° 29 de la Autobiografía

^{*} Jesuita. Perteneció al Consejo de Redacción de Diakonia.

¹ Gilles Cusson: *Pédagogie de l'expérience spirituelle personnelle. Bible et exorcices spirituels*. Les éditions Bellarmin. Montréal. 1986. Nos da una reflexión maravillosa sobre los ejercicios. Sobre todo, la discusión sobre Contemplación para alcanzar amor. Maurice Giuliani: *Acoger el tiempo que viene. Estudios sobre San Ignacio de Loyola*. Mensajero-Sal Terrae. Bilbao. 2006. La colección de artículos es una pequeña joya para saborear esa “ciencia” espiritual de San Ignacio. VV.- *Los directorios de Ejercicios. 1540-1599*. Mensajero-Sal Terrae. Bilbao. Sin fecha de edición. En la novena parte, Disposiciones y frutos, puede verse la sección C donde tenemos el fin de los ejercicios unido con el fin de la 4ª. Semana.

"2°. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado al mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma. 3°. En la misma Manresa, a donde estuvo cuasi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vió el fructo que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía: ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el hábeas Domini, vió con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo pueden bien explicar, todavía lo que él vió con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesu Cristo nuestro Señor. 4°. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Hierusalem, y otra vez caminando junto a Padua. A nuestra Señora también ha visto en simil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escripura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto"(2)

De este bello texto, no haremos en este momento el trabajo que hizo Ignacio de sacar los dones personales y dejar aquello que sirviera para ayuda de las ánimas. Nos parece que la última frase no da la clave de la "Contemplación para alcanzar amor". Es tener una experiencia donde la relación con el mundo, con la historia, con la vida cotidiana se vuelve lugar privilegiado de encontrar a Dios. No se niegan las

² Ignacio de Loyola: El peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola. Mensajero Sal Terrae. 1983 (2ª). Invitamos a que pueda leerse toda la Autobiografía, pero en especial los Nos. 28,29 y 30. Agradecemos mucho una reflexión del P. Pierre Gouet sobre el paso del saber al gustar que hemos seguido muy de cerca.

Escrituras ni mucho menos la Iglesia como veremos en su momento. Se afirma cómo encontrar a Dios en todas las cosas.

Tenemos otra experiencia parecida. Pablo no conoce al Jesús histórico, no existía lo que sería el libro de la Nueva Alianza, el Nuevo Testamento para nosotros ni tampoco conocía a los apóstoles. La visión que lo tumba del caballo lo deja ciego pero lo ayuda a hacer un camino interior donde la oración y el ayuno lo acompañan hasta el momento en que llega la persona que le quitaría las escamas de los ojos conduciéndolo por los caminos del Señor. Esta experiencia es fundante para Pablo, Contemplación para alcanzar amor termina los ejercicios aunque conserva una simetría maravillosa con el pórtico del Principio y Fundamento (Nº. 23).

Pablo, después de la experiencia de Damasco, como abortivo, empieza un trabajo profundo con los gentiles para abrir el camino donde el Señor será todo en todos. Contemplación para alcanzar amor es el cierre de una experiencia, pero abre a la misión en el mundo para en “todo amar y servir”. Es encontrar a Dios en todas las cosas, es decir, tener una familiaridad con ese Dios en medio de la historia humana. Una historia que conoce las Escrituras y conoce la Santa Madre Iglesia incluso jerárquica, pero ahora su “texto” de meditación y de encuentro con Dios es la vida corriente y habitual. El examen general de San Ignacio nos había hecho conocer este camino, pero ahora propuesto como contemplación para ser puestos en el amor. Amor que recoge tanto bien recibido y nutre todo con el servicio. La contemplación invita al ejercitante que sea un espíritu en el mundo y darle un cuerpo a Dios “... para más seguir e imitar el Señor nuestro, así nuevamente encarnado” (Nº. 109).

Contemplación para alcanzar amor recoge una “fuga mundi” (huir del mundo) para volver a él y ahí continuar el trabajo de Cristo. Los antiguos vieron en la “fuga mundi” la vuelta al desierto donde la oración y el ayuno terminaría de sacar a ese demonio indómito que parece inmune a los milagros. La “fuga mundi” de Ignacio es volver al silencio para alcanzar la intimidad con ese Dios que es más íntimo que todo lo mío. Llegado a ese punto de intimidad, contemplación para alcanzar amor me invita a hacer lo mismo en la intimidad del mundo, Dios se

vuelve una sola y única intimidad diferenciada. En lo más íntimo de la creación, del conocimiento de la historia está ese Dios del cual "descienden" todos los bienes.

Ese Dios que me ha creado para alabarlo, hacerle reverencia (respetarlo) y servirlo es ahora el mismo Dios que encuentro en todas las cosas para en todo amarlo y servirlo. La "fuga mundi" me permitió alcanzar con Dios una alianza en el corazón que se hace ofrenda y me invita a alcanzar con Dios una alianza en el mundo que se hace gratuidad.

Hagamos un breve recorrido que nos permita llegar hasta el final de los ejercicios y comenzarlos en la vida diaria. También invitamos al lector-ejercitante que la ofrenda del primer punto (Nº. 234) transformada hoy también en oración citada, "Tomad, Señor, y recibid" la vuelva a repetir en los otros tres puntos restantes (Nos. 235-236-237) como la antífona que recoge un camino de libertad donde el pensar, actuar y sentir acogen la gratuidad y todo lo convierte en un amor servicial.

Esa ofrenda es una mistagogía que ha recorrido "todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo" (Nº.1). También tener la experiencia "porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente" (Nº. 2). La ofrenda es un camino de libertad que termina en el gusto por la gratuidad. O si se quiere, es atravesar la ley para alcanzar la ley del amor.

Presentaremos cuatro partes en este trabajo. La primera es recoger una historia de amor, la segunda del saber al gustar. La tercera, eres siempre mi Dios, alianza del corazón y la cuarta, los cuatro puntos cardinales para encontrar a Dios en el mundo. En este artículo solo haremos un esbozo de los dos primeros puntos.

1. "Cognoscimiento interno de tanto bien recibido": recoger una historia de amor

Esta parte de la petición (Nº. 233) nos pone al término de un proceso. Habíamos empezado con el principio y fundamento donde todo

empezaba con la gracia de sentirse creado. La vida ha sido un don que se siguió manteniendo desde la libertad de Dios, en gratuidad y que me pone ante Él. La respuesta no se deja esperar, ante ese don que es liberación para mí solo me queda entonar un cántico de alabanza que al mismo tiempo se transforma en respeto. Es decir, ese que mora y da sentido a mi intimidad siempre es más grande pero siempre es cercano, solo queda la adoración. Adoración que se vuelve caminar junto con ese Dios en un acto de fe que me hace escuchar su voz, todo ello conjuntado en el servicio.

Necesito entonces hacer un camino de libertad, la "indiferencia" ignaciana que se me transforma en una regla, "tanto cuanto" en mi relación con todo lo que me rodea y que está puesto para alcanzar el fin para el que he sido creado. En la alternancia de la vida debo aprender a reconocer y seguir a ese Dios que se mueve en todas las cosas. Esta búsqueda de libertad pone un deseo profundo en mi corazón: el magis. Busca solo y únicamente aquello que más me conduce a ese Dios liberador. Cualquier cosa creada se me vuelve invitación para encontrar y seguir a ese Dios.

A continuación necesito que la verdad se abra camino en mi corazón y en mis relaciones para hacerme verdaderamente libre. Me regalan la gracia de sentir la estructura del mal que trae como consecuencia cambiar el estado de las cosas y de los vivientes. De ser luz volverse oscuridad, de estar en el paraíso entrar el valle de lágrimas, de ser persona volverse inhumano. No es un mal teórico o que está afuera como fiera a mi puerta, sino que entra en el corazón humano y todo lo vuelve llaga, fealdad y ponzoña turpísima. Se instala en todo lo humano para volverse inconfesable, gran acusador y poniendo siempre mentira y muerte. Pero me encuentro con un liberador que me hace salir de esa cárcel y me hace volver de ese destierro. Me regalan el perdón original que todo lo restaura, todo lo restaña, todo lo sana, todo lo consuela y todo lo liberta. Surge la ofrenda que me lleva a testimoniar lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo y lo que debo hacer por Cristo colgado en la cruz.

De este perdón primordial, me encuentro con un amor fundante que se vuelve invitación desde una relación novedosa. Jesús, su vida,

su persona y todo lo suyo se vuelve rostro que me dice: quien quisiera venir conmigo. Se teje un camino de discipulado que va desde esa Trinidad que asume un proyecto hasta ese Jesús que se me muestra como sumo y eterno capitán. Estamos ante dos sermones que conllevan acciones muy concretas. Por un lado, ese sendero que no lleva a ningún lado que comienza por la codicia de riquezas para doblar la rodilla ante el vano honor del mundo hasta terminar haciendo que todos doblen la rodilla ante esa persona que llega a la crecida soberbia y de ahí a todos los pecados. Contrapuesto a ese camino que me lleva al Padre que se inaugura con la pobreza espiritual y, si Dios es servido y elige, en pobreza actual. Siguiendo después por el deseo de oprobios y menosprecio para terminar en humildad. Con el triple coloquio de ser puesto con el Hijo. Los diversos tipos de seres humanos me ayudan a pulsar mi deseo y la necesidad de poner los medios adecuados y congruentes. Todo ello movido por tres humildades que me regalan el único amor que permite pasar de encrucijada de la decisión. Es decir, transformar mi estado en ese caminar fiel con el Señor o estando en el camino saber corregirlo para que siempre me lleve al Padre a través del Hijo.

Desde ese amor fundamental y con ese amor fundacional paso el momento de prueba, la cruz. Estamos ante el misterio de iniquidad donde parece esconderse la divinidad, pero me encuentro con ese Jesús que no explica o teoriza el pecado, sino que lo atraviesa y así me regala el misterio del perdón. Así el dolor, el sufrimiento, la violencia y la muerte es atravesada por una entrañable misericordia.

Esta fidelidad del amor me muestra un Jesús digno de fe y misericordioso con los seres humanos, la victoria de la vida y del amor sobre la muerte y la mentira. La alegría del rostro amado se vuelve alegría y luz del propio rostro. La resurrección se vuelve la confirmación definitiva de la obediencia que termina en un cantar de cantares: la contemplación para alcanzar amor.

2. "Para que yo enteramente reconociendo": del saber al gustar, carga suave y yugo ligero del discernimiento

Poder encontrar a Dios en todas las cosas ha supuesto un camino del conocer. "La vida eterna es conocerte a ti, el verdadero Dios" (Jn

17,3). Llegar a este punto supone que Dios existe, que envió a su hijo Jesucristo, saber dónde, cuándo, cómo ha nacido, cómo ha vivido, lo que ha hecho, porqué ha sufrido, porqué su muerte afrentosa, que me ha llamado, que me invita, me regala su promesa... es decir, hay que saber.

"Porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y ratiocinando por sí mismo, y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la ratiocinación propia, quier sea en quanto el entendimiento es ilucidado por la virtud divina..."(No. 2). No inventamos el amor, no inventamos a Jesús... no sabría nada de Él si no me hubiese hablado. La fe es alguien, es decir, estamos en el orden de la relación, de la afectividad. En el corazón de la fe está la confianza.

Los ejercicios hacen reconocer que la fe es acoger una promesa. En nosotros ese fondo de confianza está profundamente disimulado, como en un pozo cerrado. ¿No es conocer a Dios el todo de mi vida? ¿Me pierdo en Dios? ¿Me doy cuenta de todas esas cosas a comprender? Cuando intentamos leer nuestra vida en la fe, nos asemejamos al eunuco de la reina de Etiopía que lee en su carruaje a Isaías y Felipe le pregunta si comprende todo lo que lee. El eunuco le responde que cómo va a entender si nadie le explica. Si nadie le acompaña. Necesitamos uno que sepa de combates para que pueda guiar en este camino del conocimiento que se vuelve reconocimiento. Conocer los espíritus para no perderse al Dios que todo lo mueve, que todo lo llena.

Pues, necesitamos comprender lo que Jesús nos ha dicho. Comprender la relación que Dios ha establecido entre este mundo y yo. Comprender cómo mi relación al mundo y mi relación a Dios se articulan en mi vida. Necesitamos comprender lo que mi fe en Dios hace nacer en mí como dinamismo. Lo que la fe hace brotar como novedad, como deseo en mi existencia y como entrega en mi ofrenda.

Los ejercicios ayudan a comprender lo que la fe realiza en cada uno de nosotros a la vez con y sin nosotros. Para esta aventura imposible necesitamos mantener los pies firmes sobre la tierra, actuando, sintiendo, viajando... atentos a los detalles de la vida.

Comprender lo que vivo en la fe no es dejarla en mi cabeza sino dejarla descender y que haga su trabajo de erosión en mis gestos y comportamientos cotidianos. Es dejarle hacer su trabajo de zapa a mis falsas seguridades, a mis "idolatrías", a mis injusticias, de reemplazar mi voluntad de poder por su dulzura, mi coto de violencia por su suavidad. Es abrirle mi jardín reservado, guardado y custodiado.

Comprender es tomar juntos mi fe y mi vida. Dejar que su levadura levante mis pesos y mis impedimentos para que, poco a poco, el ser disociado, impermeable y pulverizado que soy sea sanado. Comprender es trabajar para dejar mi vida porosa a la fe, convertirla en una esponja donde la gota de agua de la fe caiga dulce, leve y suavemente. Es la fe que se hace camino, acompañante, es decir, discernimiento.

Este discernimiento no desprecia la razón, pues, evita darle fuerza exagerada a la irracionalidad de la fe y todo esto en nombre de la trascendencia de Dios. Es exigencia de sentido que Dios ha puesto en nosotros. Este comprender evita que renunciemos a darle su derecho, a no despreciar los dones de Dios cuando renunciamos a que la inteligencia tenga su prestancia.

Pero la razón necesita ser evangelizada para que pueda acercarse a las cosas de Dios con respeto. La verdadera inteligencia cuando recorre el abismo confiesa sus límites y pasa la mano. Es como nos sucede con el conocimiento de alguien, hay momentos de discreción, de grandes tiempos de silencio entre dos seres que aprenden a conocerse. Queda el estar juntos, es tener tacto, gusto.

Hoy momentos en que la curiosidad es pura y simplemente deseo de posesión, lo que es incompatible con el conocimiento de Dios. Pues, debe abandonarse todo deseo de dominar a Dios. Si uno cree haberlo hecho, es un ídolo. Reconocer no es curiosidad sino aprender a mirar una historia y una trayectoria de relación que encierra y conlleva. Pasa por el discernir para que se vuelva discreción, caminar humildemente con su Dios.

En la búsqueda de Dios hay un momento donde se detiene la inteligencia por la oscuridad que encuentra. San Juan de la Cruz habla de la fe como una luz oscura, como si se escondiera la divinidad. Los

místicos van más lejos, dicen que la noche del espíritu es la condición de la fe. Es la parte oscura la que da acceso a la luz de Dios, es el paso por el no conocimiento.

En un sentido, todo lo que es del orden de la racionalidad es puesto fuera del circuito en la experiencia de Dios. Ni los sentidos ni el espíritu ultimadamente no nos son útiles para entrar en relación con Dios, o si se quiere, va más allá de los sentidos y del espíritu hacia el encuentro de Dios. Solo queda el gusto espiritual. No hay signos, uno mismo se vuelve signo. La pura obediencia y la obediencia pura. Ser visitado por Dios (tener la experiencia de Dios), saberlo (darse cuenta) y poder hablar (empalabrarlo) son tres cosas diferentes. Pero hay un acto de fe donde descubrimos que Dios puede hacerse conocer directamente a todo ser humano. Por ahí, estamos en ese gusto espiritual que todo lo sopesa, todo lo prueba... todo lo discierne.

Todo este proceso es “disponer el alma con Dios...”, es decir, dejar actuar a Dios. De ahí nace y, al mismo tiempo, se responde la pregunta Ignacio: “¿cómo ayudar a las ánimas?” El trabajo humano (“los medios humanos”) es preparatorio, limitado, pero indispensable. Es darle cuerpo el “disponerse” ignaciano. Ahí encontramos entonces “la parte de Dios”. No olvidemos que Él actúa directamente en el corazón del ser humano, entra como por su casa. Hay un acto de fe fundamental, Dios entra directamente en relación con su creatura, es decir no solo puede o quiere, sino que lo hace.

San Ignacio, lleno el corazón de Dios, se pone a hablar públicamente y en toda ocasión. Hasta las comidas le servían para hablar espiritualmente. Hasta el día en que se topa con la pregunta de cómo se atreve a hablar de Dios sin haber ido a la escuela, es decir, sin tener letras. Su encuentro con la Inquisición no fue agradable y comienza su camino de las letras para seguir ayudando a las ánimas. Hay una mediación insoslayable que tiene su nombre: la Iglesia. Se vuelve paso necesario para anunciar el evangelio. Aunque la Iglesia misma reconozca el conocimiento místico. San Ignacio pasa por las letras y, en su caso, por el sacerdocio. Pero no olvidemos que el conocimiento místico es la ciencia de la experiencia.

Lo que llamamos “teología espiritual” es un saber experimental aunque la Iglesia, hasta ahora, no ha asumido el riesgo de admitir como

fuentes de teología los escritos de los místicos. Si bien con Catalina de Siena y Teresa de Ávila canoniza un saber que no ha pasado, de ninguna manera, por las escuelas. Ignacio y Francisco de Asís tienen ese saber "gustar las cosas internamente" aunque después Ignacio pasa por las letras y Francisco no ve la necesidad, no es necesario ser sacerdote sino fraile sencillo.

En este momento es bueno recordar que Jesús no escribió nada, no organizó nada. Todo lo dejó a sus discípulos, de enseñar, de bautizar y de recordar todo lo que había dicho. De allí la ingente tarea educativa de la Iglesia (maestra) sea que lo nombremos formación cristiana, catequesis o cualquier otro nombre. ¿Cómo hacer entonces para que el trabajo de un ser humano introduzca verdaderamente a una experiencia de Dios?

Reconozcamos nuestra propia experiencia al evangelizar donde nos vimos en la necesidad de retomar un esfuerzo que es, a la vez, filosófico y teológico. Muchas veces hemos hablado y no hemos sido comprendidos. Nuestro lenguaje no ha tocado las expectativas vitales y las cuestiones fundamentales que se están dando en una nueva cultura en plena gestación. El lenguaje (¿y la acción?) más tradicional de la fe siempre debe retomarse y verse en otro lenguaje, el lenguaje particular de un tiempo, de un lugar y de una cultura determinada: ésta es la tarea teológica. Alimentada por este saber experimental, por este "gusto" interior.

En contemplación para alcanzar amor se nos presenta, se nos invita, se nos introduce en este camino siempre antiguo y siempre nuevo. Es un camino dulce, leve y suave del discernimiento para en todo ser contemplativo en la acción.